

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena. Liberato Moncillo y Garcia, Mayor 24 Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Jueves 18 de Abril.

El Eco de Cartagena

LAS SIETE PALABRAS

QUE DIJO CRISTO EN LA CRUZ.

Sétima Palabra.

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Acaba el hombre y empieza Dios. Por eso el hombre entrega lo que ha recibido de su creador, durante su peregrinación por la tierra.

No entrega su cuerpo destrozado, por que ha de ir á esparcirse en las arenas de los rios, en los átomos impalpables del viento, en las olas del mar, en las hojas de las plantas.

No dá la sangre de sus venas, por que es el manjar que hade dar vida á las flores de los campos, á la ciencia de las ciudades, bálsamo á los dolores del corazón.

Entrega su espíritu, que no es de este mundo.

Su espíritu que se ha desprendido del cielo de su padre para ir á esparcir el amor de los ángeles por la mansion de los cuerpos.

Su espíritu que manda girar á la tierra en el espacio, que concede la luz al sol, que hace brillar las estrellas por que las mira.

Y el espíritu está entregado.

Y Jesucristo hombre ha muerto.

Y Jesús está sentado á la diestra de Dios.

¡Corazones los que llorais por otro corazón que palpita junto al vuestro! ¡Pensamientos, que buskais en vano una verdad que está mas allá de las nubes!

¡Cabezas, que os doblais por no encontrar un pecho en que reclinarse!

¡Espíritus, que os sentis débiles, por que os arrastra la materia hacia la materia!

Mirad con esos ojos, cuyos párpados se cierran apesar de vuestra voluntad, mirad á la cumbre del calvario.

Bebe inspiración en la cruz que se destaca sobre su árida cima.

¡Reguid la frente para mirar al cielo

que se entre abre á vuestro éxtasis.

Llorad para que el llanto os purifique del orgullo.

Amad, para que el amor calme vuestro dolores pasados y presentes. Y amando, y llorando, y teniendo la fé en el alma y la oración en la boca, arrastron lentamente hacia ese camino de flores que conduce al cielo.

La mar, el aire, las plantas y la tierra se llevarán lo que era suyo y oспrestaron para atravesar el mundo.

Y libre vuestro espíritu, y esperando volar á la gloria que se le destina, podreis exclamar como Jesús:

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

LA SOLEDAD DE MARIA.

Non est qui consolaretur eam omnibus charis ejus.

Jerem. cap. 1.º de los Trenos.

Sobre el santo sepulcro ha caído la pesada losa, y en el hueco de una fria roca yace encerrado Aquel cuya inmensidad no cabe en los espacios.

Los árboles del huerto, cual funebres centinelas, guardan, al par de los soldados romanos, el cuerpo exánime de Jesús.

El universo fatigado en brazos del cansancio, parece dormir el letargo del dolor despues de un vértigo horrible: apenas se atreve á respirar, por que su propio aliento le amedrenta. Ni un suspiro se oye en la region de los vivos, ni un suspiro se escucha en la mansion de los muertos.

Jerusalem! Jerusalem! tu gozo ha desaparecido como el humo; la soledad y el espanto reinan sobre la tierra.

Como está sentada y solitaria? ¿Como ha quedado viuda por tu culpa la señora de las naciones?

Maria está sola en cenáculo, sola con su propia soledad, sola con su propio dolor! sus allegados se pararon á lo lejos.

Oh tu, la mas hermosa de las mujeres! Adonde fué tu amado? por ventura enterraste tus amores en el sepulcro? No; tu alma se encuentra

allí donde está el tesoro de tu corazón.

Recordando en aquel momento con mas intensidad que nunca los tormentos de Jesucristo, Maria, la desconsolada madre, se acercó tanto á su hijo, que en espíritu quedó crucificada y sepultada con él por la grandeza del amor y del dolor: aquellas angustias suyas, eran la síntesis de la Pasión.

Cual madre cariñosa en el duelo de su hijo querido, recorria la Virgen una por una las páginas de la vida del Niño y del Hombre Dios. Los alegres dias de su infancia y los de sus predicaciones heririan tristemente á su imaginación; ya le veria confundir en el templo con su sabiduría á los doctores de la ley; ya anunciando la Buena Nueva; ya alimentando con cinco panes y dos peces á todo un pueblo que le aclamaba por su rey; ya entrando triunfante en Jerusalem entre palmas y olivos, entre los vitores y hossannas de la muchedumbre, que á los pocos dias gritaba desahogada «crucifícale; caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Al llegar al duro trance de la Pasión se agitaron sus ojos ahogados en llanto, y su corazón se ahogaba en un mar de hiel, como el naufrago flota y se agita en las olas del mar embravecido. Sus ojos desencajados volvieron á estremecerse una y otra vez; su pecho retembló henchido de amargura y saturado con ajenjos muy amargos.

Entonces cual si tuviera presente á los sayones exclamaria: «Ay de mí! volvedme á mi Hijo; depositadle en mi seno: dejadmele yo os lo suplico; dejadme su cuerpo exánime. Y como si estuviese junto á la Cruz miraria el rostro de Jesucristo y su cuerpo pendiente de los clavos, y se levantaria sobre sus pies, estenderia las manos en alto y abrazando la cruz la cubriría de besos por donde corrió su preciosa sangre, y volveria á levantar los brazos deseando estrechar en ellos á su Unigénito. Mas hal que no podia, por que la cruz estaba tan alta, que sus manos estendidas inutilmente caerian desfallecidas de

cansancio. Sus labios repetirían con acento lastimero: «Ay de mí! ay de mí! volvedme á mi Hijo: aun muerto me servirá de alivio, y sus ojos se cegarian de tanto llorar, y sus entrañas se estremecerian y se derramarían en tierra su corazón.

Decid hijas de Jerusalem á quien podrá igualarse su dolor; á quien comparareis á la hija de Sion para consolarla?

Sus tribulaciones son inmensas como el Océano, quien podrá remediarlas? Entre tinieblas y aflicciones la ha hecho andar el Señor y no en el resplandor de su luz; no ha cesado noche y dia de descargar sobre ella su mano.

Pero ¿que mucho que no perdónase á la madre quien, por amor de los hombres, no perdonó á su Hijo y le entregó á muerte de cruz?

Desde el momento que Jesús murió, Maria se hizo madre de todos los hombres, auxilio de todos los desgraciados. Su amor no podia limitarse al solo amor de Jesús.

Juan recibiendo el santo legado de Jesús, fué el fideicomiso de la Iglesia universal, representaba en aquel solemne momento á todos los discípulos de Jesús, á todos los fieles, á nosotros mismos, que al cabo de diez y ocho siglos podemos reclamarle invocando á Maria con el dulcísimo nombre de auxilio de los cristianos.

Al hacernos hijos de Maria, nos hicimos tambien hermanos de Jesucristo.

Invoquemosla en nuestras aflicciones, y hoy mas que nunca ofrezcámosle nuestros corazones con afecto filial. Ya que no es dado á nuestro entendimiento finito apreciar la extensión de sus angustias, prostérnémonos á sus plantas, abramos el libro de su soledad, recorramos sus páginas humedecidas en llanto, y bebamos en ella los raudales de piedad y de saber que en vano buscaríamos en las bibliotecas de los filósofos.

Repasemosla y meditemos en silencio como lo hicieron nuestros religiosos abuelos, despojándonos de nuestras galas á ejemplo de la Iglesia, cubriendo del tuteo el ara de nuestro corazón.